

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR RECTOR DE LA  
UNIVERSIDAD, DR. HÉCTOR CORVALÁN LIMA, CON MOTIVO  
DE CUMPLIRSE UN NUEVO ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO DE 1810**

Tal como ya es tradicional en la Universidad, el 25 de mayo del corriente año, se llevó a cabo un acto conmemorativo de la proclamación de nuestro primer Gobierno Patrio. Habló en el transcurso del acto el señor Rector de la Universidad, Dr. Héctor Corvalán Lima, cuyas palabras se transcriben a continuación:

Señores profesores, jóvenes alumnos, señoras y señores:

La evocación de un nuevo aniversario de nuestra independencia, adquiere en esta oportunidad una significación especial. No se tratará hoy, de un mero repaso retórico de los acontecimientos de mayo de 1810, sino que el volver la mirada hacia los albores de nuestra nacionalidad debe servirnos para comprender los días trascendentes que hoy vivimos.

La emancipación de nuestra Madre Patria, no fue un hecho de rebeldía ni una sublevación, sino la consecuencia necesaria del desmembramiento español. Así como el hijo, ante el padre impedido, debe asumir la responsabilidad en la conducción del hogar, de la misma maneja nuestros patriotas tomaron la correcta decisión de hacerse cargo del poder, enfrentando las desconfianzas, los temores, y las zozobras de aquel tiempo difícil.

Nuestra lucha de hoy es distinta, es la de quien ha sufrido un despojo de lo incuestionablemente suyo. Es una lucha en procura de la recuperación del patrimonio territorial heredado, contra un imperialismo que basa sus conquistas coloniales en la piratería y la violencia. Distinta, es sin duda, la actitud de Gran Bretaña, de aquellos principios humanísticos y cristianos que consolidaron la colonización española en América. Para los ingleses pareciera que aún no ha terminado la época en que con su fuerza, procuran imponerse a los que como nosotros pretendemos sacudir el yugo de la prepotencia colonial. Tan envanecidos son sus dirigentes, que se niegan a aprender las sabias lecciones que les ha dado la historia; ella les enseña que bloqueos y desembarcos contra nuestro país han culminado irremediablemente en estrepitosos fracasos. Rogamos a Dios que el resultado final de nuestra lucha de estos días sea el mismo que en 1806 y 1807. Que se repita la humillación que debió soportar Inglaterra con la firma del Tratado Southern-Arana de 1849 al tener que levantar previamente el bloqueo injustamente impuesto a nuestro territorio

continental y saludar desagraviando con veintiún cañonazos al pabellón argentino; de ese país, que como bien dice Octavio R. Amadeo en "Vidas Argentinas" entonces desconocido del mundo pero no ignorado por ellos. La emperatriz de la India en cuyos buques se advertían veteranos de Waterloo y de Trafalgar vio claudicar su orgullo ante el heroísmo de los hombres del Río de la Plata. Fue la primera vez que una gran potencia admitía la soberanía de una de las repúblicas de América, resultando un hecho trascendental para el Derecho Público Internacional, lo que constituyó, al mismo tiempo, el cierre de un ciclo de aventuras coloniales en tierras del continente Americano.

Ante los ojos del mundo, y en un intento por justificarse, los dirigentes británicos procuran brindar la imagen de abanderados de una cruzada civilizadora contra la barbarie. Olvidan acaso que mientras nuestros antepasados hispánicos hablaban el mejor de los latines y habían dado a Trajano, uno de los más brillantes y progresistas emperadores de Roma y a Séneca, sólo comparable con los padres griegos, ellos, los ingleses, eran todavía pastores bárbaros, que se comunicaban con un primitivo lenguaje y adoraban ídolos de bronce.

En el mismo orden de ideas la cultura peninsular hispánica se transmitió generosa y rápidamente a América, fundándose aquí más de 20 universidades antes de la independencia. Se marca así otra diferencia con la conquista británica, que mantuvo y mantiene a la población de sus posesiones en la mayor ignorancia, para mejor dominarlas y asegurar su explotación inicua.

Aquellas universidades españolas y las que hemos fundado los argentinos después, constituyen el terreno donde nos tocará librar nuestra contienda. Profesores y alumnos, en amistad y jerarquía, deberemos procurar una mayor difusión del saber; un acrecentamiento de la solidaridad social y la formación de una conciencia nacional, preservada de contaminaciones extranjeras; que se destaque por los atributos de poder y justicia, de autoridad y derecho; que engrandezca a la Nación, aclare su destino y defienda su ineludible vocación de independencia.

Nada es tan conveniente para una república como el desarrollo de sus ciencias y la vigía de sus armas; aquellas la dirigen en la paz, éstas la defienden en la guerra, constituyéndose ambas en los ejes sobre los que debe girar un Estado próspero, justo y, ante todo, soberano.

Ese ideal de una Nación plenamente soberana, habrá de guiarnos cuando cese la tormenta desbastadora, que pone angustia en los espíritus e incertidumbre en la inteligencia. Resplandecerá como una esperanza en las frentes de nuestros niños, coronará como una bendición las cabezas

de nuestras madres, suscitará en la juventud los nobles entusiasmos y los altos sueños que dignifican la existencia; encenderá en la conciencia de nuestros dirigentes la inspiración del sacrificio, el honor y el deber, y renovará el fuego de la lámpara votiva que alumbra la tumba de los caídos en su defensa.

Pero es preciso, en esta hora, tener presente que no sólo hemos sido despojados territorialmente sino que también en el orden económico hemos sufrido, durante los últimos años, un verdadero saqueo dirigido por dogmáticos economistas neo-liberales. Nuestro aparato productivo destruido o paralizado, la moneda envilecida, el desempleo en niveles nunca vistos, colegios y universidades dejados a su suerte, son algunas de las razones que han llevado a nuestro país a un pauperismo que no cabría en las imaginaciones más fértiles diez años atrás.

Por ello, si no revertimos drásticamente la dirección de nuestra economía, habremos defraudado a los soldados que con su sangre tratan de librarnos de las cadenas del colonialismo usurpador. Debemos vencer a la inicua división internacional del trabajo, formalizada por las grandes potencias imperiales, en la que nos cabe el esfuerzo y no los beneficios, el estancamiento y no el desarrollo, la dependencia y no la libertad.

Por todo ello hoy más que nunca resultan actuales las luminosas palabras que escribiera el gran argentino que fue don Juan Manuel de Rosas, con motivo del bloqueo inglés a la Confederación Argentina. Le decía al gobernador Berón de Astrada: "La ocasión, pues, del bloqueo injusto que sufrimos, es la mejor oportunidad que se nos presenta para romper de firme esas cadenas y ser verdaderamente libres, uniéndonos a los Estados de América con fuertes vínculos. Ello nos dará por resultado esa respetabilidad que necesitamos sin demora, sino queremos ser la presa o los esclavos más tristes del más fuerte, tan sólo por falta de concordancia fraternal".

"Si, por el contrario, nos humillamos con mengua de nuestra soberanía, honor libertades, nos maldecirán los libres del mundo y en especial las repúblicas de América; mancharemos la historia con el borrón más ignominioso; seremos esclavos y nos perderemos para siempre, después de ser degollados los primeros hombres del país, porque este será su término natural. Pero si por el contrario, sabemos llenar nuestros deberes cumpliendo enérgicos con el sagrado juramento de nuestra libertad, entonces nuestros procedimientos ocuparán las páginas más ilustres de la historia de América".

Que el ejemplo de nuestros grandes hombres de Mayo, de Tucumán y de la Confederación, guíe a los argentinos en esta hora crucial.

Que el genio de José de San Martín y el brillo de su sable invicto, nos convoque a la tarea de construir la gran Nación que los argentinos merecemos, que América necesita y que el mundo espera.

Que la voz de nuestros muertos, en San Lorenzo, en la Cuesta de Chacabuco o en el Valle de Maipú; en los campos de Lima o en la Vuelta de Obligado, en Juncal o en los Pozos y ahora en las Georgias o en las Malvinas, y en tantas y tantas glorias más, nos impulse y nos dé la fuerza necesaria para lograr ese destino de grandeza".